

Intimaciones entre los cuerpos indigentes: miradas estéticas a las tácticas de intimidad en el espacio urbano

Intimations among indigent bodies: aesthetic looks to the tactics of privacy in the urban space

Artículo recibido 10/02/2014 aprobado 24/03/2014
ICONOFACTO VOL. 10 N° 14 / PÁGINAS 20 - 34

20

John Arango Flórez¹

Universidad Nacional de Colombia - Medellín

Programa Arquitectura johnfarq@gmail.com

Resumen: A partir de la indagación que suscita la relación entre el sujeto y su entorno, este texto propone que entre el hombre y el espacio lo que hay es una relación de intimidad, y que esta se presenta casi siempre mediada. Para hacer visibles estas intimaciones se revisará en la ciudad la relación que ocurre entre el indigente y el espacio urbano que habita, relación que se presenta como contradictoria en cuanto pública, privada e íntima simultáneamente. Esto se hará con base en las teorías filosóficas sobre la intimidad de José Luis Pardo, Peter Sloterdijk y Gastón Bachelard; también, en la crónica *Historias de la vida desechable* de Carlos Sánchez Ocampo y en testimonios recolectados por el autor. Se enuncian tres tácticas que el indigente usa para lograr esta relación de intimidad con el espacio, a saber: *mantas placentarias*, *nomadismos engañosos* y *la abyección*, para comprender la enorme complejidad en la que radica la relación íntima entre el espacio urbano y los únicos sujetos que verdaderamente dependen de este: los indigentes.

1 Arquitecto de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, Especialista en Estudios Urbanos de la Universidad Eafit y magíster en Arquitectura de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín; ha sido docente en áreas como taller de proyectos, teoría, historia y representación, en programas de arquitectura y diseño industrial de varias universidades de la Medellín, y actualmente es catedrático en propiedad e investigador en la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. Este texto reflexivo corresponde a la monografía para optar al título de especialista en Estudios Urbanos obtenido en el año 2008 y asesorado por Juan Camilo Escobar Villegas Ph.D.

Palabras clave: Intimación, intimidad, espacio, indigentes, ciudad, espacio urbano, espacio público.

Abstract: From the inquiry arising from the relationship between the subject and its environment, this paper proposes that between man and space there is an intimate relationship, and that this almost always occurs mediated. To unhide these intimations will be reviewed in the city the relationship occurring between the homeless people and the urban space they inhabit, a relationship that is presented as contradictory as public, private and intimate, simultaneously. This will be based on the philosophical theories of privacy of José Luis Pardo, Peter Sloterdijk and Gaston Bachelard. Also, in "Stories of disposable life" by Carlos Sánchez Ocampo and testimonies collected by the author. Three tactics that tell us that homeless people use to achieve this intimate relationship with space, namely: placental blankets, misleading nomadisms and abjection, to understand the enormous complexity in which lies the intimate relationship between urban space and the only subjects who really depend on this: the homeless ones.

Key words: Intimation, privacy, space, homeless, city, urban space, public space.

Introducción

"Varios años he vivido en esta acera y ahora me le parezco, como era de esperarse".
(Sánchez ocampo, 1993, p. 124)

En el caluroso mediodía de cualquier ciudad, un bulto lanoso hiede, mientras se enrolla sobre sí mismo, es un cuerpo envuelto del que no es posible deslindar el arrugado exterior y el somnoliento interior. Con esta imagen se asiste a una particular intimidad, aquella a la que pertenecen los seres que en su supuesta existencia solitaria siempre aparecen secundados, cubiertos y protegidos por otro que les precede, les presenta, les predice.

A partir de la indagación que suscita la relación entre el sujeto y su entorno, este texto propone que entre el hombre y el espacio lo que hay es una relación de intimidad, una intimación², y que esta se presenta casi siempre mediada. Para hacer visible estas intimaciones se revisará en la ciudad la relación primaria, acaso la

2 La palabra intimación se define aquí como una relación dinámica o como una serie de actos que se ligan entre ellos para construir intimidad; así, puede decirse que la intimación no es necesariamente una relación con otro sujeto, pues en ella, en su creación, existen más bien estrategias, objetos, espacios, adecuaciones y dispositivos con los que un sujeto se inventa el mundo.

más dramática y evidente, aquella que ocurre entre el indigente y su espacio y que se presenta como contradictoria en cuanto pública, privada e íntima simultáneamente.

Así, en este artículo se formulan inquietudes alrededor de la estética en [de] los espacios ocupados, ¿qué tipo de relaciones ocurren entre el hombre y sus espacios?, ¿acaso son estas de carácter íntimo?, ¿qué implicaría entablar una relación íntima con el espacio?

Para moverse por estos caminos resbaladizos, se tomaron, como es debido, caminos ya preparados por eruditos con quienes se entablará un diálogo para realizar búsquedas propias. Así pues, guían este trabajo los conceptos de *intimidad* que en varias direcciones aclaran algunas confusiones cotidianas a las que ha sido sometido el término, como la clásica transcripción de intimidad como privacidad, que José Luís Pardo (1996) procura comprobar vehementemente como carente de fundamento conceptual por pertenecer a ámbitos de la vida del hombre que resultan incomparables. Además de las aseveraciones acerca de que los momentos de mayor intensidad íntima sólo se logran en soledad absoluta, tesis desmentida por Peter Sloterdijk en *Esferas I* (2003), quien concibe el espacio íntimo como básicamente compartido. Y por último, la aparentemente inofensiva afirmación de que el espacio íntimo es el más cercano al cuerpo, el más pequeño posible, que Gaston Bachelard ayuda a abordar con su inmensidad íntima en *La poética del espacio* (1997).

Ahora, sobre la mencionada relación del hombre con su espacio se ha dicho mucho, los mismos Sloterdijk y Pardo han dedicado la gran mayoría de sus letras al tema. Pero el interés aquí, aunque es similar, se enfoca de manera distinta, al indagar por las tácticas de intimación que el indigente practica para lograr dos distancias simultáneamente, una cercana –con su piel, su manta o su acera- y otra lejana, con aquellos que pretenden escudriñar esa distancia cercana. Los demás habitantes de la ciudad.

...indagar por las tácticas de intimación que el indigente practica para lograr dos distancias simultáneamente, una cercana –con su piel, su manta o su acera- y otra lejana, con aquellos que pretenden escudriñar esa distancia cercana.

De los íntimos en el espacio público

“Lo que siento importante para mí es ese pedazo de acera donde definiendo mi vida”.
(Sánchez Ocampo, 1993)



Imagen 1. Bajos del Metro en el mediodía,
centro de Medellín, octubre de 2003.
Foto: Autor

A propósito de habitar por fuera del espacio cartesiano, de ser uno con el espacio y de estar en resonancia íntima con este, se aparecen en las calles figuras lánguidas, indiferentes, casi inconscientes, que se retrotraen sobre sí mismas en vueltas perfectamente con una especie de sábana (imagen 1). Esta primera intimación plantea una condición de inseparabilidad entre ese cuerpo y el espacio que le provee la cobija, un espacio de intimidad que se proveen mutuamente. Pero, cuando se habla de *intimidación* en este contexto no se refiere a lo que ocurre a ocultas del ojo público, adentro, es decir, a lo que comúnmente entendemos por *privacidad*.

Uno de los más recurrentes errores conceptuales acerca de la *intimidación* es pretender que *intimidación* y *privacidad* son lo mismo, o mejor, llamar *intimidación* a lo que sólo es *privacidad*, y en este sentido es bastante frecuente, incluso en altas esferas intelectuales, que ambos términos sean tratados como sinónimos. Ahora bien, ¿qué supondría entonces la confusión?, y, ¿cuál es entonces la diferencia? Apelaremos aquí a José Luis Pardo, quien en su libro *La intimidación* (1996), se propone vehementemente deslindar esta diferencia y acaso denunciar el -enunciado por él- atropello que se ha cometido contra el concepto *intimidación*.

La denuncia la realiza a partir de lo que llama las *falacias de la intimidación*, a saber: 1. falacia de la identidad; 2. falacia de la privacidad; 3. falacia de la limpieza étnica o de la inefabilidad y 4. falacia del solipsismo. La segunda falacia es la que nos llevará a entender esta equivocación, Pardo argumenta aquí que la *intimidación* no puede ser tratada como un bien del que el habiente puede disponer si así lo desea: “En este caso la *intimidación* se arruina precisamente al considerarla fuente de derechos (y por lo tanto de deberes) privados” (Pardo, 1996, p.38). Así entonces existe un mal llamado *derecho a la intimidación* que más bien debería llamarse *derecho a la privacidad*, ya que lo que se hace de puertas adentro, aquello que se oculta a la

mirada de los demás, por ser vergonzoso, acusatorio o simplemente porque a ellos no les incumbe, es simplemente privado, y el Estado es garante de ese derecho.

En todo caso, no es suficiente con la *privacidad* para llegar a la *intimidad* porque no pertenecen a la misma esfera de la vida de los hombres. Es muy extendida la llamada por Pardo, *teoría frutal de la intimidad*, la cual concibe el sujeto como un aguacate, donde la cáscara sería la publicidad; el exterior duro y resistente, que protege la carne blanda y succulenta, sería la *privacidad*; aquí el sujeto disfruta de sus posesiones privadas oculto al ojo inquisitivo del público y la fruta magra y opaca, sin sabor ni brillo, sería la insondable *intimidad*, la parte más recóndita del ser a la que sólo se llega al violar la cáscara y la carne, lo público y lo privado, detrás de donde se esconde el secreto más oculto, la verdad del ser.

Pero una vez más tratamos la *intimidad* como aquella posesión que no se muestra esta vez ni en privado, como lo más privativo de lo privado, incluso como la posesión más valiosa. Lo íntimo no está detrás de lo privado ya que: “No basta tener privacidad para tener intimidad, porque tener derecho a guardar un secreto no equivale a tener un secreto que guardar” (Pardo, 1996, p. 256).

Lo íntimo se presenta como aquello que no puede catalogarse dentro del ámbito público o el privado, pues son incomparables; es más, lo íntimo se puede experimentar en público o en privado.

Así, la peculiaridad que muestra la escena es que hay una suerte de necesidad de otro, una especie de alteridad aparentemente necesaria para completar el espacio íntimo. Aunque el espectáculo no es poco común, sí es claro que pertenece sólo a un grupo de la población urbana: aquella que no posee un espacio privado fijo, aquellos sujetos que sin importar por qué, vagan, van de aquí para allá, siempre en la calle y siempre secundados por otro que se presenta en múltiples formas: manta, perro, bolsa o costal... en fin, casi siempre hay un segundo.

Tácticas de intimación

En el sentido militar la táctica es, a diferencia de la estrategia, una manera de lograr un objetivo sin un plan claro, pero sí con unas acciones y actitudes definidas, la táctica es una manera de operar que permite improvisar si es necesario.

Aquí se reflexionará sobre tres tácticas que permiten que los indigentes logren una intimación con el espacio, tres maneras como los sujetos callejeros encuentran un remanso de *intimidad* en el ajetreo del espacio público.

Táctica 1: mantas placentarias

“Quien no tiene amigos, siempre podrá tener una manta”.
(Sloterdijk, 2003, p. 329)



Imagen 2, “Rambo”, indigente del barrio
Belén de Medellín, agosto de 2003.
Foto: Autor

“Y aquí donde la ve lleva conmigo más de 10 años, así como ella me cuida yo la cuido, no la suelto ni pa’ cagar, en serio, es como si fuera mi alma, me guarda todos los secretos, más bien como mi conciencia, sí, como mi conciencia, esa que le habla a uno cuando hace una cosa mala, sí, esta es mi conciencia, me habla y yo le hablo, sé que suena raro, [risas].”³

Aunque no se podrá generalizar a partir de este ejemplo tan imponente, valdría la pena pensar por más tiempo la relación que entablan aquellos que poseen una manta como única pertenencia. Es indudable que las durísimas condiciones que impone la calle hacen mella en la psique de una persona, y sus objetos básicos de protección ambiental se convierten en acompañantes humanoides, -más si estos, como las mantas, además de proveer espacio y cobijo toman la forma del cuerpo que acompañan-, aún así la relación no es desdeñable. Aquí, Rambo nos da otra razón para creer que las relaciones con los espacios, y en este caso particular con los objetos espaciales, son tan íntimas como las descritas por Peter Sloterdijk en la primera parte de su trilogía *Esferas* (2003).

“Todos los partos son de mellizos; nadie viene al mundo sin compañía, sin anexo” (Sloterdijk, 2003, p. 275). Sloterdijk se refiere aquí a la placenta y la relación intergemelar que se entabla con esta desde el útero hasta la muerte, y descrita con el nombre de “el acompañante originario” (2003, p. 313). De esta relación de complicidad, de gemelaridad que hay entre estos dos pre-sujetos, es que nacen todas las demás esferas en la vida del hombre, después de la noche fetal se sabrá el destino de aquellos que conformaron un burbuja primigenia, es este una suerte de espacio íntimo de iniciación.

Con la modernidad llegó el acto de desechar la placenta después del nacimiento, quizá como una estrategia de individuación:

El órgano que nos prepara a contar desde dos [...] no habrá existido jamás oficialmente en el nuevo mundo de individuos sin compañía [...] al sujeto se le convierte en un ser aislado y se le acondiciona a su ser prenatal como un primero sin segundo” (Sloterdijk, 2003, p. 350).

Y es así que el hombre moderno aparece como el individuo solitario que es; entonces, consecuencia de esta primera ruptura, es la incesante búsqueda de complementadores de esta esfera rota. Primero, la madre ocupa este sitio y en adelante se irá pasando de esfera en esfera con el fin de salvar este primer oprobio a la intimidad, esta primera ausencia.

Entonces, cuando los íntimos se tienen el uno al otro en una simbiótica inmanencia, esta relación se plantea de forma placentaria, ambos, por efectos prácticos y semióticos se envuelven mutuamente, se protegen, son y están uno en otro.

A la trinidad de los pobres le queda una cosa más: la caseta más pequeña posible. No hay menesterosos en todo el planeta que vayan, como animales, completamente desnudos. Tonel, prenda, jirones o harapos, todos conservan ese mínimo que nunca tiene que ver con los demás, que no puede convertirse en fetiche, reto, ni mercancía, inalienable” (Serres, 1994, p. 51).

Y es que al hablar de intimidad de a dos hay que mencionar los conceptos que los autores que guían este trabajo, Pardo (1996) y Sloterdijk (2003), han tratado para sus propias indagaciones, en donde ambos coinciden en presentar los

espacios íntimos como ocupados de a dos; es decir, que los espacios de intimidad no se comparan con los espacios de soledad.

Sloterdijk hace un recorrido bastante interesante por las espacialidades íntimas contemporáneas y realiza una crítica agudísima al pensamiento moderno en cuanto excluye al sujeto (cartesiano) de lo que él mismo llama *las esferas*. El espacio cartesiano está esencialmente vacío y carece totalmente de características estéticas, es homogéneo e isotrópico. Este espacio contrasta con las entidades espaciales esféricas que propone Sloterdijk, que están siempre ocupadas, con una particularidad: esta ocupación es de a dos. “Por eso digo que no hay individuos sino sólo dividuos, o que los hombres coexisten más que como partículas o polos de esferas” (p. 145).

Pardo realiza una búsqueda en este sentido para dilucidar y resolver su segunda falacia, la del solipsismo, en la que argumenta que la intimidad no se experimenta en soledad, con lo que llega a conclusiones similares a las de Sloterdijk. Según Pardo, para habitar el espacio íntimo “hay que partirse en dos para ser uno” (1996, p. 156); la intensidad que supone el espacio íntimo sólo puede ser entendida en cuanto es doble, doblado, y por tanto cuando se habita es desdoblado en dos, así, el espacio de la íntima soledad es una ilusión del sujeto moderno, el sujeto esférico de Sloterdijk es un dividuo, y el sujeto íntimo de Pardo es un impar.

Pero para entender estos espacios de la intimidad debemos viajar con los autores por algunos lugares en los que también coinciden espacios diádicos que nos muestran que los lugares de intimidad no pueden ser localizables dentro del plano tridimensional cartesiano, con la mera relación íntima, en inmanencia; es así que, el espacio intergemelar -la mismidad para Pardo- aquel que comparten los gemelos univitelinos, monstruos espaciales que siendo uno y el mismo se ubican en lugares distintos y comparten una intimidad que es igual de monstruosa para los impares, se comportan como uno solo, se sienten a la distancia, y esto es posible porque su espacio se expande y contrae a merced de la distancia física, y por muy cerca que estén, este nunca se reducirá a cero.

Precisamente a esto se refiere Pardo con la palabra *intervalo*, aquel espacio que es la condición de posibilidad para la repetición de los gemelos, aquel espacio de intimidad que siempre se abrirá entre ellos y que es imposible de compartir, el lugar donde los dos devienen uno.

Táctica 2: nomadismos engañosos

Un hecho curioso es que a pesar de que usualmente se generaliza al respecto de lo nómades que son los indigentes, estos realmente sólo vagan por un tiempo, son desterrados que buscan sitio en un lugar y se establecen de magnífica manera por años, y llegan incluso a poseer el derecho de propiedad sobre el lugar. Tal es el caso de doña Amparo, quien hace 32 años se estableció bajo un puente vehicular sobre

una quebrada del barrio Belén de Medellín; allí amobló y decoró, ubicó sus enseres y habitó por 30 años, hasta que una reforma vial para darle paso a un nuevo sistema de transporte público en la zona la desalojó, lo que le generó el derecho a tener a una casa subsidiada por el Estado.

Sería muy interesante analizar cómo cierta sensibilidad por el espacio hace que un bajo de un puente –uno de los espacios más residuales de las ciudades– aparezca con semejante resplandor. Cada uno de los objetos tienen una disposición que es cualquier cosa menos azarosa; los colores y las texturas se ubican según un patrón que logra asombrar hasta al más insensible de los transeúntes, pero no es este el tema que ocupa esta reflexión. Lo que interesa realmente es que el espacio deja de percibirse como un contenedor ávido de contenido, y es de ahora en más, otro en la relación dúplice. En este caso el espacio es con el sujeto y para el sujeto como lo fue la manta en la táctica anterior, la relación íntima entre el espacio y su ocupante es la membrana simbólica que completa esta esfera.

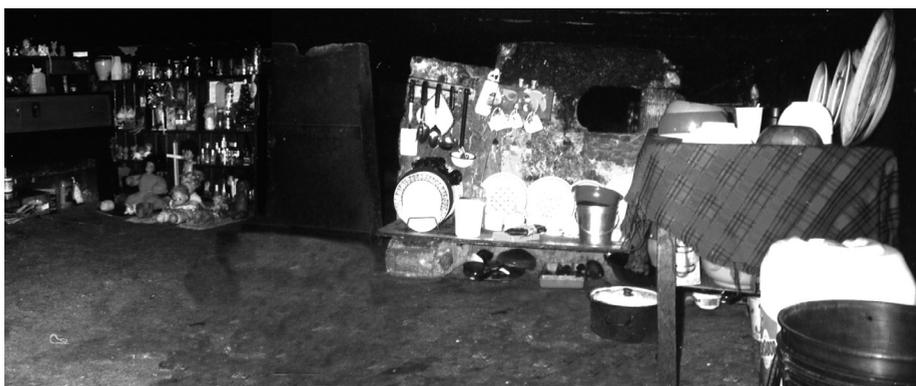


Imagen 3. Casa de doña Amparo en los bajos de un puente en el barrio Belén de Medellín, septiembre de 2003, foto: Autor.

Otro caso dará pie a mencionar las posibilidades que permite la inmovilidad en el espacio público, un sujeto que a duras penas se desplaza logra un nivel de arraigo tal que se termina mimetizando con el espacio.

Durante años viví inmóvil a la sombra de un árbol de higo, hasta que me parecí tanto a él que la gente no me veía. Fui árbol en mi piel y en mi corazón y en mis barbas. [...] árbol y yo llegamos a parecernos tanto que más de un perro quiso orinar en mi costado. No fui yo quien lo impidiera, ese día hubiera sido grande, pero los perros terminaban desorientados con mi olor y se alejaban [...] finalmente me tendía aquí con mis tres trapos únicos. Uno para mi calva contra el sol, otro para mi cuerpo contra el frío y otro para tapete. No escogí este sitio. Estar aquí es simplemente el encuentro entre cansancio y lugar. El resultado es este trozo de acera por donde la gente cruza en todas direcciones a trabajar, a orar, a robar, a estudiar. [...] Varios años he vivido en esta acera y ahora me le parezco como era de esperarse. El viento, indiferente, me embiste con hojas de árbol y tarugos de papel. El polvo cambia el color de mis manos. En la intemperie, he aprendido de la calle a vivir de las arrugas" (Sánchez Ocampo, 1993, p. 123-125).

Aquí hay que resaltar la capacidad que tiene este hombre de entablar relación con sus espacios, de lograr que espacio y él sean uno, protegidos y unidos por una membrana que los confunde tanto que finalmente no habría diferencia física que descubrir. La mimesis es una táctica de separación tan drástica como la abyección porque convierte literalmente al hombre en parte del espacio y en este sentido la exclusión se da por invisibilidad.

"En cuanto estamos inmóviles, estamos en otra parte; soñamos en un mundo inmenso. La inmensidad es el movimiento del hombre inmóvil" (Bachelard, 1997, p. 221). Esta condición da pie a otra posibilidad, la de dimensionar el espacio de intimidad, así el mínimo espacio posible, el espacio del hombre inmóvil, permite una vastedad paradójica.

Resisto agarrado a mi piel que es bandera contra el desahucio. Piel mía, girón de piel, hermanita [...] ¿Qué hora será? Es raro que me interese por el tiempo. No lo necesito para nada. Yo no vivo con los días jueves o viernes, ni sobre ellos, ni por ellos. El tiempo ya no me interesa para nada. Lo que siento importante para mí son esos dos palmos de acera donde definiendo mi vida. [...] A veces siento que me estoy quedando sin alma y sin piel. Sin embargo, piel mía hermanita, ahí sigues defendiéndome colgada a los huesos de mi voluntad. Mi esqueleto visto desde afuera debe parecer un chamizo cargado de trapos... Un espinazo. [...] Sobre la acera donde estoy tumbado, la acera que es mi línea de horizonte, todo se ha vuelto distante (Sánchez Ocampo, 1993, pp. 117-120).

Este anónimo, que por cierto murió poco después de esta entrevista, en medio de su desahucio, tenía pocas cosas en su lista de importancia, su piel y su acera. Es bastante inspirador escucharlo decir a su piel *hermanita*, pero además lo trascendental que resulta su pedazo de acera, desde donde ve lo poco que puede ver, desde dónde vive lo que puede vivir, ni siquiera el tiempo importa, aquel espacio significa más que cualquier cantidad de horas, al parecer, lo que nos hace pensar un poco acerca de la verdadera intención de estar allí, es la frase “mi esqueleto visto desde afuera debe parecer un chamizo cargado de trapos... un espinazo” (p.119). Ya que se ha descrito como desprovisto de alma y de piel, entonces diríamos que ese adentro al que se refiere es la intensidad, ese límite de posibilidad que permite que entre él y su acera haya una burbuja interior; por supuesto, es su acera el lugar donde se defiende de los ataques que la muerte profiere a través de su *hermanita* que no lo abandona a pesar de las circunstancias.

Imagen 4. Bajos del Metro en el mediodía, centro de Medellín, octubre de 2003, foto: Autor.



Pero sería esclarecedor analizar de nuevo el espacio de este sujeto, su acera y por supuesto su relación con esta. “Lo que siento importante para mí son esos dos palmos de acera donde defiendo mi vida [...] Sobre la acera donde estoy tumbado, la acera que es mi línea de horizonte, todo se ha vuelto distante” (Sánchez Ocampo, 1993, p 117-120).

Estas reflexiones espaciales muestran un rumbo, la capacidad de dimensionar simbólicamente el espacio, estos dos palmos de acera son el horizonte, el vasto horizonte en un espacio reducido pero abierto, exterior para nosotros y mínimo, es quizá inmenso y vasto en sus cualidades simbólicas y esféricas.

Valdría la pena entonces mencionar que los espacios de la intimidad no son medibles en sus dimensiones físicas, son espacios mediados por las características sensibles de sus relaciones, de las relaciones de pares que los hacen posibles. Juan de Damasco (1923), citado por Sloterdijk (2003, p. 540) utiliza la palabra griega *perichoresis* para describir este proceso; literalmente significa “bailar en torno a algo, o en círculos”, pero el Damasceno la elevó a un rango conceptual para significar “así estar uno en otro, acoplamiento de uno en otro”, “la extraña expresión

se refiere nada menos que a la ambiciosa idea de que las personas no son localizables en espacios exteriores, que depare la física, sino que por su relación mutua, crean ellas mismas el lugar en el que están" (Sloterdijk, 2003, p 541). El *dónde* de la intimidad, sería aquí la *perichoresis*; es decir, uno-en-otro, el espacio íntimo sería entonces la relación misma.

La palabra que usa Sloterdijk para describir este proceso tan particular es *inmanencia*, "vive inmanentemente quien sabe permanecer (manens) en el interior (in)" (Sloterdijk, 2003, p. 533), pero ser en el interior quizá no sea suficiente para describir lo que Juan de Damasco quiso decir con su *perichoresis*, añadimos aquí una expresión usada posteriormente por el mismo Sloterdijk para enmarcar el estado de lo que llama la relación fuerte, *éxtasis*, así la frase se completa como *inmanencia extática* (p. 557). Entonces, a la intimidad le corresponde aparentemente el ser en el interior en éxtasis total y, cabría decir que este éxtasis tiene bastantes parecidos conceptuales con lo que Gaston Bachelard llama *intensidad*. "La inmensidad en el aspecto íntimo, es una intensidad, una intensidad de ser, la intensidad de un ser que se desarrolla en una vasta perspectiva de inmensidad íntima" (Bachelard, 1997, p. 231).

Así pues, estar dentro, no significará estar en un espacio pequeño, la inmensidad del espacio íntimo se hace presente con la inmanencia extática, esa relación que es la que se hace a sí misma su espacio permitirá entonces pensar el espacio íntimo también como un espacio vasto e intenso.

Táctica 3: la abyección

"He aquí la mierda. Mi mierda venida de toda la ciudad y puesta como guardián en mi puerta. No como símbolo, sino como arma, como estrategia de territorialidad"
(Sánchez Ocampo, 1993, p.127).

Quien dijo estas palabras usa el olor como repelente de terceros, "como estrategia de territorialidad"; el olor que expele su espacio hace parte de una serie de características que su espacio posee; características que lo separan, lo excluyen, lo abyectan y le permiten entonces devenir íntimo con este espacio.

En este momento vale la pena pensar la abyección desde el punto de vista de Julia Kristeva, quien en su ensayo *Los poderes de la perversión* (1988) aclara el concepto *abyecto* como aquello que no es sólo físicamente asqueroso, aquello que nos produce una inevitable convulsión de náusea; también, y quizá más, *abyecto* es aquello que viola descaradamente la ética social, aquello que perturba una identidad, que cruza los límites, que traiciona.

Y es esto último lo que logra el protagonista anterior con su hedienta burbuja, mantener intacto un interior autista, al apelar a la antisocialidad, a la negación del otro. La táctica aquí no es sólo la del protegerse con una membrana escatológica, sino también la de excluirse, ser íntimo con el espacio se logra aquí al separarse

olorosa y socialmente, el autoexcluido que es este sujeto ya es abyecto en sí mismo, en su propia rebelión ya es inmoral, rebelión manifiesta en vivir del desecho, de la mierda, de la basura, la forma de devenir íntimo con su espacio supera el límite supuesto "digno", cualquier predisposición vital es aquí sobrepasada.

En lugar de interrogarse sobre su "ser", se interroga sobre su lugar: ¿dónde estoy?, más bien que ¿quién soy?, ya que el espacio que preocupa al arrojado, al excluido, jamás es uno, ni homogéneo ni totalizable, sino esencialmente divisible, plegable, catastrófico..." (Kristeva, 1988, p.16).

Además, en este caso, parte de lo que ocurre es que la olorosa piel permite a los implicados en la intimación un remanso de privacidad, lo que en ningún caso es una condición para que la intimación tenga lugar. La espacialización de la exclusión, crea una relación con el espacio que es inapreciable desde el exterior, inconfesable, íntima.

La pregunta por el espacio es clave entonces, el espacio del indigente, espacio del límite, del confín, siempre se está construyendo, porque siempre se está destruyendo, cada vez hay que reforzar su carácter *catastrófico*, para que siga excluyéndolo y excluyéndose. La relación que se atisba es la del espacio interior de un refugio abandonado con su ocupante poco decoroso, una relación que se mantiene intacta gracias a una piel que conserva sus características abyectas gracias al proceso de selección culinario. Aquí, la mierda y su hedor, más que una estrategia de territorialización, son una táctica de intimación, una combinación de elementos físicos y simbólicos que elaboran una burbuja, una psicofera íntima en la que participan dos.

Imagen 5. "Señor alcalde, nos estamos ahogando" Medellín, 2008, foto: Carlos Múnera. <http://www.carlosmunera.blogspot.com/2008/02/seor-alcaldede-nos-estamos-ahogando.html>. Consultada: 8 julio de 2008. Foto: Autor



Esta foto presenta un espacio distinto y la misma táctica, quizá dos componentes prácticos motivan a este hombre a dormir en semejante lugar; primero: la evidente diferencia de comodidad entre el suelo duro y frío y los blandos rellenos de las bolsas, y segundo: el componente de separación que conlleva elegir los desperdicios como lugar de descanso, pocos se atreverían a invadir el espacio de este sujeto en su lecho nauseabundo, incluso sus pertenencias están seguras, la cajita

sobre su pecho no corre peligro, una esfera la separa de cualquier intromisión. La separación entre lo que es para nosotros la basura y lo que significa ahora para él es inconmensurable, es abyecto este sujeto, no sólo porque se protege con aquello que nosotros rechazamos de plano, sino porque es capaz de hacerlo, porque no se ve vulnerado cruzando un límite que para los demás es insuperable y nos separa, nos diferencia, nos produce escozor, nos expulsa de su intimación.

Resultaría impreciso decir que todas las relaciones callejeras presentadas se dan de a dos. El último caso es evidencia de que los compañeros íntimos pueden ser varios y además muy variados. De ninguna manera estaríamos contradiciéndonos con esta afirmación; al contrario, nos da la razón en cuanto que los espacios de la vida callejera de los indigentes están esencialmente ocupados y en esa ocupación es que se crean, destruyen y recrean constantemente las esferas de intimidad que, tan frágiles cual pompas de jabón, yerran flotando sin más esperanza de vida que su propia inestabilidad, que sus propias inclinaciones, diría Pardo.⁴ Soportándose nerviosamente sobre sí mismos, los espacios de intimidad se ocupan y se habitan en esa relación, en esa extática inmanencia de ser sólo en las relaciones, de ocupar lo ocupado, no lo vacuo.

Consideraciones finales

Varias consideraciones quedan de esta reflexión:

En primer lugar, que el espacio público, más que contradecir al espacio íntimo, se superpone a éste; es decir, ambos coexisten sin contraponerse, tal es el caso de los callejeros mencionados (y de muchos más) quienes, a pesar de estar expuestos al escrutinio público constantemente, han logrado entablar relaciones de intimidad tan o aún más- intensas que las entabladas por quienes consideran tener espacios *privados de publicidad*, aunque no sean siempre íntimos.

En segundo lugar, que la intimidad es en principio una intimación; es decir, una relación en la que dos o más íntimos logran proveerse mutuamente de condiciones propicias para crear y construir vínculos de intimación, de inmanencia extática, de intervalo, de intensidad-inmensidad, como sea que lo llamemos. El espacio íntimo está inevitablemente imbuido en relaciones, en nexos, en conexiones que crean intimaciones desde las cuales surgen otras concepciones espaciales.

Y por último, que los espacios de intimidad están básicamente ocupados. El espacio vacío es propio de la tridimensional representación cartesiana del mundo; no obstante, los procesos de intimación, que crean nuevos espacios, sobrepasan la dimensionalidad física, puesto que están siempre llenos de sentido, siempre vividos por un sujeto y su otro, siempre ocupados por afectos o desafectos.

4 El primer axioma de la intimidad en la obra de José Luis Pardo dice: "Ser alguien es estar inclinado", en el sentido de estar poseído por un afecto, por una atracción vital... o mortal. (Pardo, 1996, p 42 y ss).

Referencias Bibliográficas

- Bachelard, G. (1997). *La poética del espacio*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Kristeva, J. (1988). *Los poderes de la perversión, ensayo sobre Louis Ferdinand-Celine*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Pardo, J. L. (1996). *La intimidación*. Valencia: Pre-Textos.
- Sánchez Ocampo, C. (1993). *El contrasueño, historias de la vida desechable*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Serres, M. (1994). *Atlas*. Madrid: Cátedra.
- Sloterdijk, P. (2003). *Esferas I, microsferología*. Madrid: Siruela.